

Aquel que lleva los mundos era una carga bien ligera y suave para María y José.

Llegados á los confines de la patria, y antes de entrar en Judea, el fiel y prudente dispensador á quien el Altísimo cometiera el cuidado de su familia, se informó de lo que pasaba en el reino. Habiendo, pues, José recibido en sueños un aviso que le iniciaba en la voluntad de la Providencia y disipaba sus temores é incertidumbres, dirigió el rumbo de la Sagrada Familia á través de las tribus de Dan é Isachar en la Galilea inferior, flanqueó las riberas del Mediterráneo, dejando Jerusalén á la derecha, y llegó á Nazareth.

Así se cumplió aquel divino oráculo: «He llamado á mi Hijo de la tierra de Egipto, y será denominado el Nazareno.»

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 12 DE MAYO.

EL NIÑO JESÚS HALLADO EN EL TEMPLO.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—El Niño Jesús en el Templo.

SUBDIVISIONES.—1. El Niño Jesús llevado al Templo.—2. El Niño Jesús dejado en el Templo.—3. El pecador que pierde á Dios.—4. El alma fiel en la sequedad.

PUNTO SEGUNDO.—Jesús hallado en el Templo.

SUBDIVISIONES.—1. Diligencias del pecador,—2. Diligencias del alma á quien Dios prueba.—3. Resignación de María.

Remansit puer Jesus in Jerusalem.
El niño Jesús se quedó en Jerusalén.

(Luc. II, 43.)

LA vida de la Santísima Virgen, A. H. M., pasaba silenciosa y uniforme en Nazareth. Diariamente se repetían los quehaceres del día anterior. La oración y el trabajo se sucedían alternativamente, repartiéndose las horas y haciéndolas parecer breves. María contemplaba á su Hijo, meditaba en sus virtudes, recogiendo cuidadosamente todas sus palabras, y pesándolas en su corazón: *Conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.* (Luc. II, 19).

Jesús, por su parte, estaba sumiso á María, obedeciéndola como á Madre en todo, y áun adelantándose á sus deseos: *Et erat subditus illis.* (IBID., 51).

Días tan puros y serenos no dejaron, con todo, de tener sus nubes borrascosas. Dios, que quería probar á su sierva, teniéndola en sobresalto, la envió penas que alteraron por algunos días la profunda calma del hogar de Nazareth. El Evangelio nos refiere, que habiendo llevado María á su Hijo á Jerusalén, le perdió al volverse, buscándole inútilmente por espacio de tres días, hasta que le halló, por fin, en el Templo. Esta circunstancia notable de la vida de María Santísima nos suministrará algunas piadosas reflexiones en que ocuparnos esta tarde con provecho.

PUNTO PRIMERO.

EL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO.

La Madre de Jesús llevaba todos los años á su Hijo, cuando visitaba el Templo de Jerusalén. La ley de Dios había hecho de este viaje un mandato, de que María nunca procuró evadirse, siendo tan exacta en el cumplimiento de todos sus deberes. ¡Dichosa la madre que así conduce á su hijo al pie de los altares, y para guiar su tierno corazón por la senda de los preceptos divinos, le enseña desde muy temprano el camino del Templo, haciéndole ver una recompensa de su cordura, en el permiso de acompañar á su madre, cuando va á ofrecer su oración y culto á Dios! ¡Ah! Cuando los días malos sobrevengan, cuando la tempestad haya sorprendido el corazón del hijo, acaso la madre le pierda por más ó menos tiempo. Como otro Agustín dejará su casa, abandonará á su madre, y lejos de ella, olvidará en medio de los placeres las primeras lecciones de piedad que recibió en su infancia. Pero confiad, afligida madre, en los recuerdos que consigo lleva, los cuales le arrancarán, tarde ó temprano, de los desórdenes para volverle al camino de la virtud. Acordándose de aquellos días en que su madre, como Mónica á su hijo, le llevaba de la mano al santuario del Señor, para explicarle con dulce amabilidad las santas ceremonias y su misterioso significado; acordándose de la ocasión en que su madre, haciéndole poner de rodillas frente al altar de la Virgen, le mostró por primera vez la imagen bella de una Señora con un Niño en sus brazos, diciéndole: hé aquí á María Santísima, Madre de todos los hombres, y Madre de Jesús; pídelo cuanto necesites, y verás como te lo concede, si eres amigo de su Hijo, amándole, y haciéndote digno de que El te ame; acordándose ¡qué sí se acordará! de estos momentos solemnes para un niño, cuya memoria queda grabada en lo hondo del corazón por toda la vida, volverá á los brazos de su madre, echando de menos las dulcísimas emociones á que la disipación le ha desacostumbrado, y que no ha vuelto á sentir desde que se alejó de la intimidad materna.

No lloréis, pues, angustiada madre, porque hallaréis, por fin, cuando menos lo penséis, á ese hijo que tantas lágrimas os cuesta; le hallaréis, como si dijéramos, en el Templo; porque la memoria de vuestra solicitud en guiar sus primeros pasos por el camino del Templo, será la que os devuelva vuestro hijo.

Doce años tenía Jesús cuando su Madre, según costumbre, le llevó en su compañía á Jerusalén. Pasados los días de la solemnidad, María y José tomaron la vuelta de su casa, quedándose Jesús en la Ciudad Santa. Una jornada habían caminado ya los padres, cuando

notaron la ausencia de su Hijo. ¡Oh cruel ausencia, que tan hondamente afligiste el corazón de la Madre! Yo me represento á María en aquel triste momento, trémula, desasosegada, y preguntando por su Hijo á cuantos veía, diciéndoles en cierto modo: «¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, reparad en mi dolor, y decid si hay otro que se le iguale! ¡He perdido la luz de mis ojos, la alegría de mi corazón, la vida de mi alma! ¡He perdido á mi Hijo! ¡Oh! Si alguno de vosotros sabe de él; si alguien me lo ha quitado, indicadme dónde está, en qué sitio se halla oculto. Allá iré, sin que me detenga el cansancio; y le estrecharé en mi pecho; y le traeré conmigo, volviendo á ser feliz en su compañía. ¡Compadeceos de mis sollozos! ¡Tened lástima de una Madre que ha perdido ¡ay! á su Hijo!» Entretanto María se acusa angustiada de no haber cuidado bastante del Niño Jesús, reprendiéndose con excesiva dureza la distracción que había cometido de perder de vista el sagrado depósito que el Señor le confiara. Páreceme ver á María Santísima postrada de rodillas en medio del camino, pidiendo al Cielo que le devolviese á Jesús. Diríase que es la Esposa de Adán vertiendo amargas lágrimas sobre el cuerpo de su primer hijo difunto. Diríase que es otra Raquel negándose á todo consuelo, porque sus hijos no parecen. Diríase... Pero, ¿qué se ha de decir que sea más significativo que esta frase: María desconsolada, llora á Jesús perdido?

Hagamos aquí una observación importante. Los Santos nos muestran en la ausencia de Jesús una imagen muy expresiva de lo que en ciertas ocasiones sucede acá en el mundo. También el alma cristiana pierde á su Dios, el cual se oculta de ella, y tal vez la abandona. Ahora bien: de dos maneras puede perderse á Jesucristo, acerca de las cuales debo llamar vuestra atención, H. M.

Piérdesele por el pecado; y esta pérdida es un castigo terrible. Se le pierde por interior desconsuelo, lo cual es solamente una prueba que Dios envía.

Sí, A. H. M.: se pierde á Jesucristo por el pecado, arrojándole del alma, de que el demonio toma posesión. El Señor, saliendo de ella, se oculta á sus ojos, dejándola sola con el horrible compañero que ha elegido.

Así en los antiguos tiempos, cuando el santuario del Dios de Israel iba á ser profanado por sacrílegos enemigos, se retiraron los Angeles protectores de aquel lugar santo, no queriendo ser testigos de la abominación, como lo significaba la voz que se dejó oír, gritando: *Salgamos de aquí...* Cuando hubieron salido, el Templo fué manchado sacrílegamente, reemplazando en el Altar al Dios verdadero un ídolo impuro. Perder á Dios, que es el gozo de los Angeles, y la dicha de los elegidos, poniendo en su lugar al ángel de las tinieblas, al tirano de los abismos, al verdugo de los réprobos; perder á Jesús, privándose de su amistad, de su gracia, de la dulzura de sus coloquios, del consuelo de sus bendiciones, de los purísimos deleites de su amor, es ¡oh pecadores que me escucháis! la suerte que voluntariamente esco-

géis. Habéis perdido á Jesús, al amigo de vuestra niñez, al que recibió vuestras primeras promesas, vuestros primeros juramentos; al que, balbuceando con vosotros las más fáciles lecciones de la fe, os convidaba á comer en su compañía un delicioso pan, cuyo recuerdo acaso más de una vez os ha obligado á derramar lágrimas. ¡Oh! ¡Cuán dignos sois de lástima, desgraciados pecadores, por haber perdido á Jesús!

Habéis perdido á Jesús, caritativo Bienhechor, que quería hacer vuestra felicidad, procurándoos todo el bien, y colmándoos diariamente de bendiciones copiosas. ¡Cuán dignos sois de lástima por haber perdido á Jesús!

Habéis perdido á Jesús, Señor indulgente que os perdonaba con facilidad, devolviéndoos su cariño, siempre que os postrabais á sus piés, demandándole gracia, vistiéndoos, como á otro hijo pródigo, el traje de la inocencia, y dándoos lugar en el festín paterno. ¡Cuán dignos sois de lástima por haber perdido á Jesús!

¡A lo menos, sintierais el haberle perdido! ¡A lo menos, pudierais llorar vuestra desventura! Pero desgraciadamente os mostráis fríos, y permanecéis insensibles. ¡Oh Dios de misericordia, preservadnos de semejante castigo!

También el alma fiel pierde algunas veces á su Dios. Sin haber olvidado sus promesas, ni roto sus contratos, se encuentra tal vez sola consigo en el camino de la vida. Creía caminar con Jesús; contaba con su socorro; aguardaba sus luces, un consejo en la duda, una gracia: y hé aquí que Jesús la deja, se aparta, la abandona. Jesús se ha perdido para ella. Pero no te aflijas, alma desconsolada, que no será eterno tu dolor. Lo que padeces es sólo una prueba que el Cielo hace para ejercitar tu afecto. Tu Dios se complace en esas lágrimas que derramas en secreto, porque ve en ellas un testimonio de tu sincero amor. ¡Tén buen ánimo, que no tardarás en hallar á Jesús! Busca como María á ese Dios que se oculta de tus miradas; búscale con paciencia y solicitud, en el árido desierto, sin agua ni flores, donde se ha servido dejarte. Búscale con resolución y constancia, en la noche oscura que te rodea. El día amanecerá pronto, y entonces el Sol divino que guardas te iluminará con sus rayos.

PUNTO SEGUNDO.

JESÚS HALLADO EN EL TEMPLO.

En Jerusalén, en el templo del Señor, es donde María encontrará á Jesús. Después de haberle buscado entre sus parientes y amigos, vuelve á Jerusalén. Y aquí, H. M., debemos admirar las prolongadas penas de la tierna Madre, ¡Tres días sin su hijo! ¡Qué tortura para su corazón! ¡Cuán interminables son las horas para una madre que

ha perdido á su hijo! Pero, cristianos, reflexionad también sobre vosotros mismos. ¿Cuánto tiempo há que habéis perdido á Dios? ¿Cuántas veces ha resonado el himno de la resurrección sobre el sepulcro donde yacéis, sin que por eso hayáis despertado para buscar á Dios? ¡Ay! Quizás le perdiésteis el mismo día en que por primera vez sirvió de alimento á vuestra alma! A lo menos no se os ha vuelto á ver sentados á la mesa de su convite. Buscad, buscad al Señor mientras es tiempo todavía de hallarle, y no aguardéis á que se cumpla en vosotros aquella terrible amenaza: «Me buscaréis y no podréis encontrar-me; moriréis en vuestro pecado.»

Y ¿qué os diré á vosotras, almas desconsoladas, que también habéis perdido á vuestro Dios, y estáis hace mucho tiempo privadas de las consolaciones de un amor tierno y sensible? Os diré sólo, que cuanto más penosa es la prueba, tanto mayor es la recompensa. Tened presente que Dios os toma en cuenta, y os pagará en su día, esos suspiros que repetidamente, y al parecer sin fruto, enviáis al Cielo; que os toma en cuenta esas lágrimas con que há tanto tiempo pensáis ablandar su corazón inexorable; que os toma en cuenta esas plegarias, que son para vosotras una cruz áspera y pesada; que os toma en cuenta, por último, ese desconsuelo que la piedad solamente puede comprender, y solo Dios recompensar.

Volvamos á María. En el templo he dicho que encontró á su Hijo. Allí estaba sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, cuando fué encontrado por su Madre; por su Madre, que hallando al Hijo, volvió á recobrar la vida y la ventura. Cristianos que habéis perdido á Jesús, buscadle en el templo y le encontraréis. Si el haberle perdido fué en pena de vuestros pecados, acudid á la piscina saludable que hay en la casa de Dios, junto á la cual os espera para curaros. Id á la fuente de Siloe, pobres ciegos que no tenéis quien os guíe; id, y encontraréis allí á Jesús, el cual abrirá vuestros ojos y se dejará ver. Sí, pecadores, buscad á Jesús en su casa, porque fuera de ella no le hallaréis. En vano le buscaríais en esas reuniones mundanas, donde se ocultan, bajo las apariencias de una alegría estrepitosa, los remordimientos que oprimen y agobian al ánimo; no busquéis allí á Jesús, porque Jesús no está en semejantes reuniones, así como tampoco está en esos que llaman santuarios de la ciencia, donde la antorcha de la fe, con su divina claridad, no alumbrá los pasos vacilantes de los pretendidos sabios. Jesús no está sinó en el templo, y allí se le ha de hallar. Acercaos al tribunal de la penitencia, y oiréis de boca del sacerdote lo que debéis hacer para encontrar á Jesús, ó, por mejor decir, en él encontraréis á Jesús, que viene á vuestro encuentro, y os habla por su ministro con deseo de volver á habitar en vuestro corazón, después de perdonar vuestras culpas. ¡Oh! ¡Cuán dichosos seréis cuando le poseáis de nuevo!

En el templo asimismo hallarás tú á Jesús, alma á quien Dios prueba con sequedades. Búscale al pié del altar, á donde acudes á recibir la Comunión, ó á meditar: porque en ese camino que tan peno-

samente recorres, como en otro tiempo el Profeta, oprimida bajo el peso de la amargura, te ofrecerá también el Angel del Señor el pan de la soledad. Obedece su voz, cerrando tus oídos á vanos temores que te alejarían más de El. Aliméntate, alma trabajada, con el sudor de tu frente, comiendo entre lágrimas ese misterioso pan que tanto deseas y temes á la vez. Si tienes fe, te diré con San Agustín, no debes mirar la ausencia del Señor como verdadera ausencia, puesto que distingues á tu Dios á través del velo, como en la Eucaristía: *Absentia Domini non est absentia; habeto fidem, et tecum est quem non vides.*

7 Pero si el consejo de varones prudentes te obliga á abstenerte alguna vez de asistir al convite del Cordero, busca á Jesús, aún entonces, en la oración. Ora, y la calma se restablecerá en tu ánimo; tus lágrimas cesarán, y tus dolores serán consolados. Ora, y á pesar de la sequedad que todavía puede afligirte, sentirás la presencia de Dios; de Dios, que ha vinculado sus favores en la oración, y que te llenará, para recompensar tu perseverancia, de dulces consolaciones. Ora, en fin, alma afligida, y la prueba transitoria que te envía el Señor te servirá para aumentar los merecimientos y de principio de gloria.

Cuando María descubrió á su Hijo, después de haberle buscado por espacio de tres días, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué has hecho eso con nosotros? Advierte con cuánta pena tu padre y yo andábamos buscándote.» Derecho tenía ciertamente la dolorida Madre para alegar las angustias que la prolongada ausencia de su Hijo había causado en su corazón; pero María, como no há mucho os lo aseguraba, H. M., nació para padecer. Escuchad la contestación que da Jesús á su Madre: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me debo ocupar en lo concerniente al servicio de mi Padre?» ¡Respuesta sensible es esta, al parecer, para el corazón de María! Hé ahí el consuelo que la indemniza del susto y de los padecimientos: «¿Por qué me buscabais?» Jesús mió, ¿es posible que hagáis semejante pregunta? Os buscaba porque no puede vivir sin Vos; os buscaba porque hace tres días está padeciendo imponderables dolores; os buscaba, para decirlo de una vez, porque es Madre vuestra. ¿Podía permanecer sosegada después de haberos perdido? ¡Oh! Ese es un sacrificio que nunca llegaréis á recabar de su amor.

Sin embargo, H. M., la Santísima Virgen no se resiente de la dura contestación de su Hijo, y mucho menos murmura de ella. La aflige, es verdad, con tanto más motivo, cuanto menos comprende aún el misterio que encierra la conducta de Jesús; mas adora en secreto los designios que no puede penetrar entonces, persuadida de que las vías secretas de la Providencia no son menos santas y adorables porque se mantengan ocultas á la mirada humana, convencida de que los rigores aparentes del Cielo son con frecuencia la piedra de toque de la virtud, y una prueba del amor que Dios tiene á sus elegidos. María conoce todo esto, y se resigna.

¡De cuán distinto modo nos portamos nosotros cuando el Señor se muestra severo con nosotros! Quejémonos al instante, acusamos

sus disposiciones, vertemos en todo y por todas partes la amargura de nuestro corazón, y, postrados por la cobardía, rechazamos desdenosamente los consuelos de la fe. ¡Ah! El ejemplo de María nos condena, enseñándonos resignación en las pruebas que del Cielo nos vienen, y paciencia en los santos rigores con que Dios nos trata. María, en una palabra, nos enseña á padecer y amar.

Resumiendo ya, H. M., cuanto acabo de decir, repetiré en conclusión que las almas pierden á Dios de dos modos: por la culpa, ó por vía de prueba. En ambos casos María es nuestro auxilio. Los pecadores deben acogerse á la Virgen, diciéndola confiadamente: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* A María han de acudir para ser llevados á Dios por ella, volviendo á su santa gracia. María que por experiencia, aunque muy diferente de la de ellos, sabe cuánto padece el alma que ha perdido á Dios, y cuánto goza cuando vuelve á encontrarle, lo recordará á los pecadores, alcanzándoles la merced de llorar la pérdida que han sufrido á causa del pecado, y proporcionándoles la dicha de reparar su desventura por medio de la penitencia, que es camino seguro de la bienaventuranza.

DOUCET.